

DANY LAFERRIÈRE

El grito de
los pájaros locos

Traducción de
RUBÉN MARTÍN GIRÁLDEZ

*A mi amigo Gasner Raymond,
cuya muerte cambió mi vida.*

ANTÍGONA: Yo nací para compartir el amor, no el odio.

CREONTE: Desciende a los infiernos, entonces, y si necesitas amar a cualquier precio, ama a los muertos.

SÓFOCLES

LA TAZA BLANCA (12:07 h)

Mi madre todavía está sentada en el rincón de la izquierda de nuestra minúscula galería. Esa zona tiene la ventaja de quedar completamente protegida del sol por un macizo de adelfas. Ahí es donde mi madre se esconde para reflexionar sobre su vida, como dice ella. Las manos entre las piernas y la cabeza bien echada hacia atrás, como si examinase en el techo un dibujo tan delicado que le exigiera el máximo de atención. En esos momentos no hay que molestarla bajo ningún pretexto. Está en otro sitio. Podría haber pasado sin verla si una especie de destello pálido no me hubiese alcanzado en el ojo izquierdo. La taza blanca, no muy lejos de esos largos dedos tan refinados. Vuelve lentamente la cabeza hacia mí, con los ojos todavía perdidos en ese mundo al que nadie más que ella tiene acceso.

—¿Eres tú, Huesos Viejos? ¿Cuánto llevas ahí?

—Acabo de llegar.

—¿Dónde estabas? Te anda buscando todo el mundo.

—¿Quién?

—Tus amigos... Llama a Marcus a la radio.

—Voy a verlo esta tarde.

—Quería hablar contigo urgentemente.

—¿Qué quiere?

—No lo sé —dice mi madre con voz cansada antes de volver la cabeza hacia las adelfas.

Nunca he sabido a qué clase de mundo regresaba en ese universo rosa, ni de qué quería escapar abandonándose a él. A veces

me sentaba muy despacito en la otra punta de la galería, para mirarla. Y descubría a una mujer que no conocía, con una sonrisa deslumbrante que ignoraba por completo. Parecía bañada en una extraña luz. Como fuera de este tiempo. La muchacha de antes de mi nacimiento, quizá incluso de antes del encuentro con mi padre. Es una imagen tan cegadora que me resulta insoportable. Todas las veces, me veo obligado a salir de la galería.

EL EXILIO (12:10 h)

El caso es que me parezco mucho a mi padre, y a veces tengo la impresión de que mi madre tiene ciertas dificultades para distinguirme. Soy clavado a mi padre, y no solo en lo físico. Además, ella me lo ha repetido a menudo. De chiquillo pensaba que él no había tenido más que escupir en el vientre de mi madre para concebirme. Hoy, con veintitrés años, soy físicamente tan alto como mi padre, y ha llegado a darse el caso de que me pongo sus corbatas (mi madre las tuvo guardadas religiosamente en el fondo de su ropero, durante todos estos años, a fin de poder contemplar un día la imagen perfecta de mi padre) para presentarme a tal o cual rueda de prensa o a la fiesta anual de la Asociación de Periodistas. Con frecuencia, en esos momentos, mi madre se dirige a mí como si yo fuese mi padre. Cabe decir que, aparte de parecernos, llevo su nombre de pila. La cosa no ayuda en nada a mi madre, que trata desesperadamente de olvidar el sufrimiento que le causó su marcha. Se trata de un extraño tira y afloja: por una parte hace todo lo posible para reencontrar a mi padre en mí, y por la otra quiere olvidar a ese hombre cuya memoria la hace sufrir tanto. Es su drama íntimo. Apresurémonos a decir que mi padre no abandonó a mi madre para irse a vivir con otra más joven y guapa, cosa bastante común en nuestra sociedad y el caso de la mayoría de mis amigos.

De haber sido así, conociendo a mi madre, lo habría detestado, lo que habría simplificado enormemente las cosas. Pero no, estos dos se adoraban. Entonces, ¿cómo olvidar a un hombre al que adoras y que no te ha abandonado? Esa es la cuestión que debe afrontar mi madre a diario. A ver: mi padre vive en el exilio desde hace veinte años. Al principio teníamos noticias suyas constantemente. Empleaba toda clase de subterfugios para contactar con mi madre evitando atraer las sospechas de quienes lo habían expulsado del país. Durante una buena temporada pensó que podría volver a Puerto Príncipe. Curiosamente, por su parte, mi madre nunca alimentó tal sueño. Y fue ella la primera que quiso mantener cierta distancia. Se le hizo demasiado duro. Empezó a hablar sola, deambulaba por la casa como un zombi y se volvió francamente irritable. Ni siquiera era capaz de distinguir el sueño de la realidad, el día de la noche, el blanco del negro, la ausencia de la presencia. Tenía responsabilidades demasiado importantes como para poder permitirse perder la cabeza. Tuvo que tomar una decisión. ¿Cómo tratar todos los días con un hombre al que estás segura de que no podrás volver a ver en la vida? El exilio es peor que la muerte para el que se queda. El exiliado siempre está vivo por más que no tenga peso físico en el mundo real. Ni cuerpo, ni olor. Rasgos cada vez más vagos. Se borra poco a poco de la memoria de los suyos. Queda esa voz, los domingos por la noche, hacia las once. Mi madre no podía evitar estas llamadas dominicales. Emergía de estas conversaciones (si es que podemos llamar así a aquellos largos momentos de silencio interrumpidos por suspiros apenas audibles en los que uno se pregunta si el otro sigue al otro lado de la línea) respirando con fuerza por la boca como si hubiese subido de nuevo a la superficie después de una eternidad bajo el agua. Un ahogamiento frustrado, es lo único que se me ocurre para describir aquellas conversaciones telefónicas. Al principio se cuenta todo, me imagino. Después de unos cuantos años ya no se tiene nada más que decir, se contenta uno con analizar hasta las mínimas inflexiones percibidas

en la voz del otro. Curiosamente, mi madre nunca quiso pasarme el teléfono, ni siquiera en los primeros tiempos, para que oyese mis balbuceos (yo tenía cinco años cuando se marchó), pretextando en cada ocasión que mi padre estaba a punto de revelar algo muy importante. Yo lloraba. Le tiraba de la falda. Pero ella seguía indiferente a mis lágrimas y prefería, ahora lo entiendo, avanzar sola por las ciénagas de la suave locura. Mi padre, al otro lado, se hundía lentamente en las aguas glaucas y pútridas de una pesadilla en plena vigilia. Esa clase de pesadilla en la que uno siempre se encuentra ante una puerta que acaba abriendo para toparse con otra puerta que da a una nueva puerta, y esto a lo largo de veinte años. Eso es la ausencia. Nada concreto. Todo es siempre ambiguo, jamás definitivo. Eso es lo que comprendí, bastante pronto, al ver a mi madre salir completamente grogui de sus extrañas conversaciones telefónicas con mi padre. El deseo físico sin posibilidad de abrazar al ser amado, palparlo, sentirlo, tocarlo. El cuerpo ausente. La carne vivísima. El otro fuera del alcance de la mano para siempre. ¿A partir de qué momento debe uno resignarse al hecho impensable de no poder volver jamás a estrechar entre los brazos el cuerpo del otro? El cuerpo amado. Un cuerpo, un espíritu y un corazón todavía palpitantes al otro lado del hilo telefónico. Ese hilo que habrá que decidirse a cortar un día. ¿Pero cuándo? He aquí la pregunta que se planteaba mi madre hace todavía algún tiempo a la sombra de las adelfas.

LA RAZÓN DEL PODER (13:25 h)

Me encontré la comida (un plátano verde cocido, un buen pedazo de aguacate y la montaña de arroz aderezado con una salsa picante de pescado) en el sitio justo, junto a la ventana. Mi madre sabe que me gusta mirar el cielo mientras como. Un trozo de cielo azul de

postre. De un azul tan puro que me parte el alma. De repente me entran ganas de llorar, sin motivo. Hoy no hay ni rastro de nubes.

Mi madre siempre está en el mismo sitio.

—¿Has comido, cariño?

—Sí, mamá.

Tengo veintitrés años, pero mi madre me habla como si tuviese cinco.

—¿Vas a salir?

—Voy a ver qué quería Marcus...

—No vuelvas muy tarde.

No digo nada. Ella sonrío. Miro esas bonitas manos de largos y finísimos dedos. Mi madre cuida especialmente sus manos. Solo con mirarlas se puede saber si está intranquila. Cuando es el caso, no para de tamborilear con los dedos en el reposabrazos de la butaca con la mirada perdida.

—Ayer vi a la señora Lucien y me dijo que vuelven los malos tiempos, que hay que ir con mucho cuidado estos días...

Me siento un momento en el banquito, justo delante de ella. Me encantan estas conversaciones improvisadas con mi madre, y sé que a ella le resultan muy placenteras. Una manera de pensar en algo que no sean sus problemas personales. No imaginéis una conversación sin orden ni concierto llena de risas, de confianzas y de complicidad, ese no es nuestro estilo para nada. Mi madre y yo, y en este punto somos parecidos, odiamos expresar públicamente nuestras emociones. Mi madre se pasa la mayor parte del tiempo, desde el exilio de mi padre, en el extraño universo de las adelfas, mientras que yo no dejo de darle vueltas a mis cosas. A veces, al mediodía, porque sí, si no tengo otra cosa que hacer, nos quedamos los dos juntos en la galería, sin hablar, durante un largo rato. Un pintor, Philomé Obin, por ejemplo, habría podido hacernos un retrato en esa postura. Según su costumbre, el viejo pintor le habría dado a su cuadro un título conciso y simple, y lo habría escrito en el lienzo mismo: «La madre y el hijo, momento

íntimo». Hoy quien me habla es una madre intranquila. Ayer vio a la señora Lucien y se ha quedado preocupada.

—Mamá, la señora Lucien te cuenta lo mismo cada vez que la ves... Lo único que quiere demostrarte es que todavía conserva algunos contactos en las altas esferas del poder.

Mi madre sonríe.

—Como mínimo, ten cuidado...

—Ya sabes que no me interesa la política.

—Sí, pero esa gente está loca. Es imposible predecir sus reacciones.

—No te preocupes, iré con cuidado...

—¿No volverás muy tarde, Huesos Viejos?

—Ya te he dicho que no te preocupes...

—De acuerdo —dice ella con voz cansada antes de girar lentamente la cabeza hacia las adelfas.

Así es como termina normalmente sus conversaciones.

LA VOZ (13:37 h)

Es una voz fuerte, musculosa, estruendosa a más no poder. La voz de mi padre. Podía volverse acariciante, seductora, sensual incluso. Cuando eso sucedía, recuerdo a mi madre, con la cabeza inclinada a un lado (el aparato todo el tiempo pegado a la oreja izquierda) y una ligera sonrisa en el rabillo de los ojos, acariciando el cable negro con sus largos dedos. Algunas noches su conversación parecía rara. No hablaban con voz clara, como de costumbre. Mi madre bajaba el tono para que yo no pudiese oír lo que decía. Pero, aunque yo no llegaba a oír lo que decían, notaba muy bien qué pasaba. No puedo explicar cómo me sentía en esos instantes, pero todo aquello era muy claro y al mismo tiempo muy ambiguo para mí, nada definido, los contornos estaban borrosos, pero el centro era

intenso y duro. No podía engañarme sobre lo que sucedía allí, ante mis ojos de niño. Eso es porque no se aprende solamente con la mente (cosa que los adultos han olvidado), sino sobre todo con los sentidos. Veía temblar las manos de mi madre levemente. Ella trataba de disimular su inquietud ante mi mirada de lince. Hablaba tan bajo y con una voz tan suave que me daba la impresión de que era otra persona, alguien a quien no conocía en absoluto. Años después he buscado en vano esa voz, que se convirtió en mis oídos en la voz del amor absoluto, en las chicas con las que compartía tiernos sentimientos. A mi madre, se me antojaba, le habría gustado que yo estuviese en cualquier otro sitio en aquellos momentos. No podía mandarme a jugar más lejos, como hacía en casa cuando me pegaba demasiado a sus faldas, porque las llamadas las atendía los domingos por la noche en casa de la señora Ambroise. Temía sobre todo que al dejarme solo rompiese algún jarrón o adorno del salón abarrotado de la señora Ambroise. Fruncía el ceño y se me cortaba la respiración. En realidad, nunca he oído la voz de mi padre. Lo único que podía hacer era imaginármelo a fuerza de espiar el rostro de destellos cambiantes de mi madre. Un semblante ahora serio, ahora alegre. De repente, el fulgor deslumbrante de aquella muchacha pudorosa, que una inflexión conquistadora de la voz de mi padre acababa de hacer surgir ante mis ojos deslumbrados. Una cara de mi madre que no he vuelto a ver nunca más. Sigo pensando aún en la voz de mi padre, de la que no conozco más que los efectos que producía en mi madre. Aquella voz aterradora que, por medio de una inflexión radiante o taciturna, podía cambiar el curso de mi semana. Mi madre salía de sus conversaciones telefónicas encorvada como una vieja o con su altura de muchacha, según el humor de la voz de mi padre. Y nada ni nadie podían modificar dicha postura (ni la de vieja ni la de muchacha) hasta la siguiente llamada telefónica.

Salgo pitando en taxi hacia la emisora de radio donde trabaja Marcus. ¿Qué querrá de mí? Me lo cruzo por el pasillo, justo cuando abandona la sala de noticias. Alto, delgado, la boca arrogante, inconfundible. Siempre con prisas. Me mete a empujones en la habitacioncita donde se graban los anuncios publicitarios.

—¿Dónde estabas? Te pedí que vinieras enseguida...

Con Marcus todo ha de ir siempre a toda pastilla.

—Tenía hambre...

—Te estaba esperando antes de dar la noticia.

—¿Qué noticia?

Trabajo en un semanario político-cultural. Marcus dirige la redacción de un gran noticiario radiofónico. Nos consultamos con frecuencia, sobre todo cuando se trata de una información importante. Marcus es impulsivo, pero un reportero nato. Tiene una intuición extraordinaria para la información y también varios buenos contactos en el Gobierno. Aunque es mayor que yo, confía por completo en mi capacidad de análisis. Cuando trabajas en un semanario, tienes tiempo de reflexionar y concibes la información de manera distinta a un periodista que ha de encontrar una información inédita cada día. En el periodismo cotidiano siempre andan con prisas. No hay tiempo para reflexionar en profundidad. Y la radio es aún peor, ahí hay que intervenir varias veces al día. Siempre en la cuerda floja. Como des un traspié, antes de que te hayas levantado ya tienes a los tontons macoutes en la escalera, que acuden corriendo a despedazarte vivo. En cualquier caso, es agotador jugarse el pellejo así varias veces al día.

—¿Cómo? ¿No sabes nada?

¡Ah, sí!, es verdad, debería haberlo pensado, se trata de un expediente que llevo cubriendo con Gasner desde hace casi tres semanas. Este tío, Marcus, a veces va demasiado rápido para mí. En la carrera por las primicias siempre es el primero en llegar.

—Mierda, Marcus, no me digas que el Gobierno acaba de romper la huelga de los trabajadores de Cementos Haití.

Silencio de Marcus.

—Es terrible —digo yo tras unos instantes—, pero en cierto modo se veía venir...

Nuevo silencio de Marcus.

—De acuerdo, parece de cínicos hablar así a toro pasado, pero Marcus, tú presentías que, a pesar de todo, el Gobierno iba a reaccionar en un sentido u otro. No podía continuar sin darse por enterado. Para ellos esto era muy peligroso, un lío de esos que fácilmente se sale de madre. El poder podría verse desestabilizado en cualquier momento. ¡Te lo imaginas! La primera huelga salvaje en Haití desde hace veinte años, bastaría con que otra fábrica reaccionase para que se convirtiera en una bola de nieve... Es una victoria, en cierto sentido. Al menos han aguantado casi tres semanas.

Mirada fría de Marcus durante mi breve discurso. Conozco esa cara. El asunto tiene que ser muy serio.

—¿Qué es lo que pasa?

—Gasner está muerto.

Tres palabras. Marcus acaba de espetármelas en la cara con voz monótona.

—¿Qué dices? —acabo balbuceando.

—Lo han encontrado en una playa, en Braches, cerca de Léogâne. Le han reventado el cráneo.

—¿De dónde has sacado eso?

—Un tonton macoute me llamó para reivindicar el asesinato y de paso amenazarme.

—¿Dónde está?

—En la morgue.

—Voy para allá. ¿Cuándo vas a dar la noticia?

—Te esperaba a ti... ¿Para qué vas a ir a la morgue? Ya no podemos hacer nada por él. Se acabó.

—¿Tú ya lo has visto?